

Una Diada moderada

LA VANGUARDIA, editorial, 11.09.08

CATALUNYA celebra su fiesta nacional en un clima de cierta moderación y sensatez política, aunque bajo las inquietantes sombras de la crisis económica. Las instituciones catalanas parecen haber superado los temblores internos y los partidos no parecen tan predispuestos a recalentar sus posiciones, estimulados por un maximalismo más irracional que reflexivo.

La etapa turbulenta y sentimental, que tuvo su epicentro en el proceso de revisión del Estatut, ha dejado alguna huella negativa que no será fácil revertir. El desapego de una parte de la ciudadanía catalana, muy alejada de las obsesiones de su clase política (tal como evidenció el referéndum y la participación en las últimas autonómicas). O la soledad política y emocional de Catalunya en España, pues los errores catalanes fueron aprovechados por círculos mediáticos y políticos para transmitir a los españoles de buena fe una visión tremendista de Catalunya con tintes de xenofobia.

Diríase que, lentamente, la clase política catalana toma nota de sus errores y evoluciona hacia cierta normalización, teñida de laboriosidad y pragmatismo. El president José Montilla ha conseguido serenar los ánimos de sus socios. La impresión que ahora mismo transmite el Govern no es de excentricidad y división, sino de discreta actividad. Quizás no logra transmitir la ilusión, fortaleza y coherencia que la sociedad catalana precisa para enfrentarse con éxito a la extrema dureza de los nuevos tiempos, pero ha dejado atrás la querencia por la confusión. A este

razonable clima ha contribuido, ciertamente, la responsable actitud de Artur Mas. La colaboración entre Govern y oposición en el tema más candente de la agenda política, la financiación, es el mejor testimonio de la recuperación de la madurez por parte de los dos partidos centrales.

Aunque una correcta financiación de los servicios que gestiona la Generalitat es vital, sería un error creer que es el principal problema de Catalunya. La crisis económica, de raíz global, pone a prueba nuestro modelo económico y también la cohesión social, pues el paro puede agudizar las divisiones culturales de nuestra sociedad.

La peculiar conmemoración del Onze de Setembre debe servir no sólo para recordar una lejana derrota que el romanticismo mitificó, sino para reflexionar sobre cómo enfrentarse a los colosales retos del presente. El aeropuerto intercontinental, los instrumentos financieros, las alianzas con las comunidades vecinas para desarrollar el eje mediterráneo, la mejora de la productividad y el salto cualitativo en educación son algunos de los principales retos. El futuro de Catalunya depende de la determinación, el coraje, el empuje con que los catalanes consigan reunirse en torno a la idea de defender y consolidar su característico potencial económico. Un potencial, que, más allá de etiquetas políticas, a todos beneficia y a todos interesa. En este momento crítico, Catalunya se juega el futuro en la economía, no en la política.